



Recensionado por:

Dr. Pablo Christian Aparicio

Universidad de Salamanca & Universidad de Tübingen

La política educativa constituye un factor determinante en la construcción de la ciudadanía y el despliegue de las competencias ligadas a la participación democrática. Por lo mismo, la definición de las relaciones sociales con sentido incluyente, la socialización de valores humanos y el fortalecimiento de los procesos de cohesión e integración cultural constituyen aspectos neurálgicos de su tarea.

La globalización y sus múltiples procesos de transformación social, cultural y demográfica han repercutido en la organización de los Estados y las sociedades, y es en este marco socio-histórico desde donde se debe contemplar la dimensión de los cambios y la relevancia de los desafíos imbricados hoy en la integración social.

En el contexto europeo y español, el impacto de los procesos de transformación global está repercutiendo progresivamente en el sentido histórico que asume la política educativa dentro de las agendas de los gobiernos. Este cambio adopta dimensiones profundas e inusitadas, y altera los diversos escenarios, procesos y premisas constitutivas del quehacer pedagógico. El viraje de los valores sociales y culturales influyen directamente en la legitimidad y la funcionalidad de las instituciones orientadas a la socialización y la formación cognitiva de las futuras generaciones, la idoneidad profesional de sus actores (profesores, técnicos, expertos e investigadores) y la capacidad vinculante de los procesos educativos de la cual depende la calidad de los procesos de enseñanza y aprendizaje.

Para dar explicación a los problemas de la inequidad social y la desintegración cultural que toman fuerza en la sociedad española, con redundancia y hasta el hartazgo, se suele reparar en la carencia de una política educativa eficiente e idónea en términos técnicos y políticos, sin muchas veces visibilizar otros aspectos como por ejemplo el profesional, epistemológico, didáctico, institucional y financiero que, al estar constreñidos por la

concreción de la política educativa, deben ser incluidos en toda propuesta que apueste por el mejoramiento de las estructuras, las condiciones y los procesos sobre los que se erige la política educativa.

En el ámbito político educativo, el incremento de exigencias y deberes a cumplir no ha sido acompasado contiguamente con la debida puesta a disposición de recursos que facilitarían la viabilización de reformas sustanciales, capaces de imbricar la diversidad de contextos y demandas en consonancia con las transformaciones socioculturales en boga que aún pugnan por un reconocimiento político atinado.

Son múltiples los análisis que reparan en la idea de que la sostenibilidad y la efectividad de un modelo de desarrollo está supeditado al modo en cómo la educación prepara a las nuevas generaciones de niños y jóvenes para encarar los desafíos futuros concernientes a la vida individual y colectiva.

Por tal motivo, la educación está obligada involucrarse en los procesos de transformación social de su tiempo, abogando por el reconocimiento de los problemas sustanciales que afectan a la sociedad y asumiendo también como propios los desafíos que interpelan a los múltiples actores y escenarios educativos. En este sentido, la capacidad de respuesta de la educación frente a la pluralidad de problemas sociales es, por ende, un elemento decisivo desde donde gestionar las acciones de formación, ensayar la resolución de conflictos y acuñar parámetros teóricos y metodológicos orientadores que permitan recrear la práctica educativa y aproximar las propuestas curriculares y los dispositivos didácticos a las tramas institucionales y los intersticios socioculturales en constante transformación.

Esta suerte de flexibilización de la mirada educativa debería propiciar la revalorización y el apoyo de una mayor actividad investigativa, que sin duda puede favorecer el desarrollo pertinente e idóneo de estrategias de intervención teórica e insumos educativos prácticos relevantes. Para ello, se requiere no sólo la voluntad itinerante y comprometida de sus actores, sino fundamentalmente el compromiso político y la decisión que garantice la disposición de recursos logísticos, institucionales y profesionales para acometer esta empresa.

La investigación educativa se inscribe indudablemente como mecanismo axial para impulsar la innovación epistemológica, optimizar las prácticas educativas e institucionalizar un nuevo ideario pedagógico. En congruencia con lo expuesto, en el corpus del presente libro, el concepto que galvaniza la investigación educativa subraya la importancia de sistematizar los trabajos realizados como medio propicio para valorar las propias prácticas, ejercitar la reflexión crítica de los profesores sobre las competencias detentadas y socializar las experiencias teóricas y prácticas coleccionadas durante la ejecución del trabajo pedagógico.

Convertir a la investigación en un recurso pedagógico próximo, operativo e inteligible, implica facilitar procesos, desarrollar acciones y construir puentes de cooperación intra e interinstitucionales donde tanto los profesores como los técnicos, expertos y directivos puedan palpar en primera persona la necesidad y la responsabilidad de reflexionar sobre sus propias realidades educativas, buscando construir herramientas teóricas y metodológicas contextualizadas, con posibilidad de generar respuestas efectivas, orientar procesos educativos, compensar déficits y potenciar las fortalezas de la comunidad educativa local (*empowerment*).

Insistir en el incremento y la diversificación de las oportunidades de investigación resulta, pues, un aspecto decisivo de la política educativa que necesariamente demanda mayor interés y exploración, puesto que en ella reside la posibilidad de modificar -a partir de las fuerzas intrínsecas de las instituciones y sus actores- el sentido histórico de las acciones, el trazo de los objetivos didácticos y curriculares amalgamados con la cotidianidad y la identidad de sus actores y la proyección histórica de un modelo social.

Aquí aparece con insistencia la necesidad de fomentar la construcción de plataformas de encuentro, intercambio y reflexión conjunta, que pueden muy bien aprovechar la contribución de las TIC's y extender las redes de cooperación a nivel del profesorado y las universidades.

Con análogo énfasis, se debería profundizar el debate sobre la formación del profesorado, que como bien se expone en este trabajo, representa un *policy problem* que demanda con urgencia un abordaje comprometido y multidimensional, que asuma los costos políticos y financieros necesarios y no escatime en la disposición de los recursos requeridos para propiciar las transformaciones exigidas y pendientes.

La falta de adecuación que subyace entre las competencias, las disposiciones y los conocimientos que los profesores adquieren durante sus procesos de formación y la posibilidad de emplear efectivamente este conjunto de herramientas técnicas y profesionales a posteriori en la práctica, engendra desconfianza y frustración. El desfase y el paralelismo entre la *doxa* y la *episteme*, entre la teórica y la práctica, entre el discurso referencial y el contexto, sus actores e interacciones, lejos de tratarse de un viejo escollo superado, aún genera conflictos, contradicciones y frustraciones en el diario accionar de los profesores. Sobre la recurrencia de esta dualidad en las prácticas educativas, se focaliza gran parte de las indagaciones del presente libro, que a través de ejemplos concretos no sólo se constata la dimensión y actualidad de estas dificultades sino que también se persigue la exposición de estrategias resolutivas.

Otra arista fundamental del debate sobre la política educativa presente en este análisis, consiste en la búsqueda de medios y criterios que coadyuven a la diversificación de las ofertas, los programas y los proyectos educativos como vías efectivas para superar las desigualdades sociales, las discriminaciones educativas y el detrimento de la subjetividad y la pluralidad cognitiva que amenazan el contenido democrático y democratizador

intrínseco a la participación educativa, y que representa un basamento irremplazable de la cohesión social.

El sentido histórico de la educación –decíamos al inicio- está imbricado en la capacidad de respuesta a los interrogantes espaciotemporales dentro de las sociedades de hoy que se mueven en escenarios, dinámicas e intersticios complejos, concéntricos y simultáneos. Por esta razón y en virtud de la importancia que tienen problemas como la integración de las minorías étnico-culturales y los procesos migratorios, la fractura de la equidad social ante el influjo de fuerzas des-igualadoras en el ámbito laboral, económico y político, la construcción de ofertas educativas de calidad para todos los ciudadanos respetando la diversidad cultural e individual, sin *coptar* la pluralidad ni tampoco imponer en nombre de la unidad un canon único y homogeneizante para validar las identidades y los escenarios de vida, se debe seguir insistiendo en la reflexión crítica sobre la pertinencia de la política educativa, sin desconocer la complejidad de los tiempos que demandan cambios trascendentes, pero tampoco sin conformarse con lo exiguo y lo endeble como formas posibles de respuestas ante tan urgente y relevante tarea.

Reflexionar contiene en sí la posibilidad del cambio, pero acometer las transformaciones requeridas, instrumentar mecanismos de acción y adoptar decisiones resulta, inexorablemente, el mayor objetivo y la misión más ardua. Este libro nos invita a pensar en el carácter posible, social e implicante de la tarea y la política educativa, haciéndonos formar parte activa de sus procesos y conflictos y, por ende también, nos hace más conscientes de la importancia que pueden ir adquiriendo nuestras acciones en el proceso de transformación educativa y en la construcción de un horizonte más incluyente.

Dr. Pablo Christian Aparicio